



BOLETÍN DE LA PAZ Y LOS CONFLICTOS EN ASIA-PACÍFICO

Directores: Javier Martín Ríos y Pedro San Ginés Aguilar

Edita: Instituto de la Paz y los Conflictos de la Universidad de Granada

Consejo asesor: María José Cano Pérez, Carmen Egea Jiménez, Andrés Herrera-Feligreras, Francisco Jiménez Bautista, María del Mar Llera Llorente

ISSN: 2529-9883

Núm. 10 • 1 de abril – 30 de junio de 2018

EDITORIAL

La desnuclearización de Corea del Norte

Se han dado grandes pasos para rebajar a límites insospechados la amenaza nuclear que pendía hasta hace pocas fechas en la Península de Corea. Un giro imprevisto, que aún sigue su camino, a la espera de más acuerdos bilaterales para poder seguir hablando de que entramos en un nuevo rumbo hacia la concordia y que no sólo se trata de un simple espejismo para paliar circunstancias geopolíticas determinadas. Los principales interlocutores, Corea del Sur y Corea del Norte, parecen dar muestras de un movimiento hacia la reconciliación después de seis décadas divididos y enfrentados por las secuelas de una guerra que nunca llegó a cerrarse. Dos caminos opuestos recorridos, que, en la actualidad, dan muestras de querer converger en una vía de reconstrucción tras tanto tiempo perdidos en odios, disputas y amenazas. Sin duda alguna, todo dependerá de la iniciativa de la hermética y dictatorial Corea del Norte, de los pasos que se atreva a dar hacia delante, de que su máximo líder comprenda que su país necesita abrirse al mundo y, al mismo tiempo, aliviar la vida de un pueblo sometido a un férreo sistema ideológico inconcebible a estas alturas del siglo XXI. La desnuclearización de Corea del Norte, con el desmantelamiento de sus bases nucleares, es un gran paso para construir un nuevo futuro. Pero aún tendremos que esperar para saber hasta dónde llega este gran cambio de rumbo acaecido hace tan sólo medio año. Por desgracia, todo depende, por una de las partes, de la actuación de una sola persona y, por lo tanto, el resultado puede ser imprevisto, para bien o para mal.

SUMARIO

El enfoque

El destino del pueblo royingya.....2

Informes

Proceso de desnuclearización de Corea del Norte5Crisis humanitaria de la minoría rohingya.....5Atentados terroristas yihadistas en Indonesia.....6Elecciones generales en Malasia.....7Represión libertad de expresión en Asia-Pacífico.....7Nueva campaña en favor de la liberación de Liu Xia.....8

Reseñas de libros

Se lo llevaron: Recuerdos de una niña de Camboya.....8**EL ENFOQUE****EL DESTINO DEL PUEBLO ROYINGYA**

Por Javier Martín Ríos. Instituto de la Paz y los Conflictos de la UGR.

Se va a cumplir casi un año cuando comenzó uno de los mayores éxodos de personas huyendo de la violencia que se han dado en la historia reciente. Los medios de comunicación internacionales se hicieron eco, muy pronto y ampliamente, de la tragedia del pueblo musulmán rohingya en su huida a Bangladesh, pero el paso del tiempo ha ido menguando las noticias sobre la situación de los rohingya, olvidando que el mayor campo de refugiados que en la actualidad existe en el mundo sobrevive en una situación de precariedad absoluta y que el destino de cientos de miles de personas aún está en el aire, con muchas interrogaciones aún sin resolver.

El gran éxodo comenzó a partir del 25 de agosto de 2017, aunque anteriormente, de forma escalonada, podemos encontrar momentos críticos de esta comunidad musulmana en Myanmar, en los que miles de personas tuvieron que abandonar

sus hogares en busca de seguridad fuera de su país de origen. Pero el 25 de agosto marcó un antes y un después sobre “la cuestión royingya”: el Ejército de Salvación Arakán Rohingya (conocida por las siglas en inglés de ARSA) lanzó una serie de ataques contra puestos militares en la región de Rajine, donde habita mayoritariamente esta comunidad, desencadenando una respuesta desmedida por parte del ejército birmano contra toda la población royingya. ARSA, considerado grupo terrorista, causó en estos ataques la baja de 13 militares y, por su parte, más de 400 miembros de ARSA fueron muertos por el ejército. Pero pronto se supo que la actuación armada por parte del ejército birmano no sólo había sido contra el grupo terrorista, sino también de forma generalizada contra todos los poblados royingya del Estado de Rajine, lo que motivó que, en apenas un mes, medio millón de personas huyeran hasta la frontera de Bangladesh, asentándose especialmente en Cox’s Bazar, a lo largo de las colinas de las playas bañadas por el Golfo de Bengala.

La llegada masiva de refugiados a Bangladesh levantó la voz de alarma en la comunidad internacional. Los testimonios de miles de refugiados coincidían: asesinatos por doquier, violaciones de mujeres, destrucción por completo de poblados enteros, campos de reclusión para los huidos capturados, etc. Las prohibiciones del gobierno de Myanmar para que observadores internacionales visitaran la zona en conflicto y que organizaciones de ayuda humanitaria prestaran ayuda a los damnificados corroboraron que la gravedad de las denuncias era tan extrema como se apuntaba desde los campos de refugiados. Poco después los informes fueron llegando y confirmando la represión violenta generalizada contra la comunidad royingya. La ONU no tardó en calificar los hechos de “limpieza étnica de manual”.

Esta crisis humanitaria ha puesto en el mapa internacional al pueblo royingya y las vicisitudes que ha pasado esta comunidad musulmana en la historia moderna y contemporánea de Myanmar, una nación de mayoría budista, que durante decenas de años vivió bajo la dictadura de los militares. Con la reciente instauración de la democracia el poder militar sigue siendo, como se está comprobando, realmente omnipresente, poniendo contra las cuerdas al nuevo gobierno abanderado por Aung San Suu Kyi, premio Nobel de la Paz y símbolo mundial de la resistencia pacífica en un pasado no muy lejano, cuando sufrió años de privación de libertad por su lucha en favor de la democracia en Myanmar, pero que actualmente se ha convertido en el blanco internacional de todas las críticas por su papel en la gestión de la crisis del pueblo royingya e incluso no son pocas las voces que solicitan que se le retire el premio Nobel de la Paz.

La situación actual del pueblo royingya tiene hondas raíces en la historia de los dos últimos siglos de Myanmar. Los royingya nunca han sido reconocidos como un grupo étnico dentro de las 135 etnias oficiales. Simplemente son considerados “bengalíes” o “inmigrantes ilegales bengalíes”, cuando su presencia en el país se puede constatar desde el siglo XIX. Las etnias oficiales fueron reconocidas en una Ley de Ciudadanía de 1982 (incluyendo las etnias registradas antes de que Birmania formara parte de la colonia británica) y desde

entonces las personas rohingya carecen de un estatus civil que les otorgue el pleno derecho de cualquier ciudadano más de su nación. En este hecho reside la mayor debilidad de los rohingya, porque se sienten completamente marginados en un país en el que viven desde hace muchas generaciones, pero que el propio sistema les impide integrarse y desarrollarse plenamente como cualquier otra minoría étnica. Por eso también se utiliza el apelativo de “los innombrables” para llamar la atención de lo inaudito de su estatus jurídico, realmente inadmisibles a estas alturas del siglo XXI. Hasta el propio Papa Francisco, en su reciente visita a Myanmar, no se atrevió a pronunciar la palabra “rohingya”, para así evitar el malestar de las autoridades birmanas. Muchos estudiosos han observado que la raíz del problema viene tras el fin de la colonización británica, y no les falta razón, pero también creemos que desde entonces ha pasado el suficiente tiempo para haber buscado una solución jurídica a un pueblo con una larga presencia en territorio de Myanmar. El budismo radical, que hoy día parece que gana terreno en la sociedad birmana, tampoco está ayudando en nada para que una voz civil dentro de Myanmar reclame una solución justa e integradora para cientos de miles de personas que han dejado el país huyendo de la violencia.

De momento, 700.000 rohingyas han cruzado la frontera a Bangladesh en el último año. Si sumamos los más de 200.000 que huyeron en periodos anteriores, prácticamente por los mismos motivos, estamos hablando de casi 1 millón de rohingyas que actualmente viven hacinados en los campos de refugiados en la franja costera del Golfo de Bengala. Una crisis humanitaria sin precedentes en la era contemporánea y que, analizando los hechos, será muy difícil de resolver a corto plazo. Aunque en los últimos meses se han firmado acuerdos entre los gobiernos de Bangladesh y Myanmar para la repatriación escalonada de los refugiados, con el apoyo de Naciones Unidas, el pueblo rohingya teme volver a sus lugares de origen, porque, al fin y al cabo, se va a encontrar con la misma situación de cuando salió huyendo de Myanmar. Por esa razón, los refugiados prefieren quedarse en Bangladesh, porque la sombra de la violencia sufrida aún está muy presente en su memoria.

Sin duda alguna, la ayuda a los damnificados es urgente y necesaria, porque la situación de los campos de refugiados es cada vez más precaria, como atestiguan regularmente las organizaciones humanitarias que trabajan en la zona. Pero, del mismo modo, se tendría que trabajar para que el gobierno de Myanmar reconociera de una vez por todas el estatus de ciudadanía a la comunidad rohingya, porque este pueblo necesita este reconocimiento jurídico para poder integrarse y desarrollarse plenamente como cualquier otro pueblo que forma parte de la pluralidad étnica de este país, para dejar atrás ese lastre estigmatizado de “inmigrantes bengalíes” que los rohingya llevan sufriendo desde hace tanto tiempo y los han convertido en los parias marginados en la sociedad birmana. Sin ese paso tan fundamental, los refugiados rohingyas quizás nunca quieran volver a sus antiguos hogares, porque preferirán antes el amparo de subsistencia elemental que le brindan los campos de refugiados que vivir en la incertidumbre de ser víctimas potenciales en tierras donde han hecho

desaparecer del mapa muchos de sus poblados o verse envueltos de nuevo en la vorágine de la violencia ciega del odio programado y la sinrazón.



INFORMES

PROCESO DE DESNUCLERIZACIÓN DE COREA DEL NORTE

La situación en Corea del Norte ha dado un giro radical desde inicios del año. La suspensión por parte de Pyongyang de suspender sus ensayos nucleares y el lanzamiento de misiles balísticos intercontinentales ha abierto la esperanza para alejar la amenaza de guerra nuclear en Asia-Pacífico. Las reuniones al más alto nivel de los líderes de los países en conflicto han allanado el camino. El primer gran paso fue el 27 de abril en la cumbre entre las dos Coreas en el Área de Seguridad Conjunta de Panmunjon, frontera entre ambas naciones donde Kim Jong-un y Moon Jae-in anunciaron una nueva era de reconciliación y paz, tras más de medio siglo de enfrentamiento por la guerra que dividió a la Península de Corea. En esta cumbre Corea del Norte anunció la desmantelación de su centro de pruebas nucleares, hecho que comenzó a realizarse en mayo. El 7 de mayo Kim Jong-un viajó a China para reunirse con Xi Jinping, apoyando este último la iniciativa de Corea del Norte del uso de diálogo y el camino de la desnuclearización para rebajar la tensión militar en la zona. El segundo gran paso fue la cumbre del 12 de junio en Singapur entre Donald Trump y Kim Jong-un, donde ambos mandatarios sellaron un acuerdo de cuatro puntos para afianzar el proceso de pacificación en marcha: 1/ establecimiento de nuevas relaciones entre ambos países; 2/ construcción de un régimen de paz duradera en la Península de Corea; 3/ compromiso de Corea del Norte para una desnuclearización completa; 4/ compromiso por recuperación de prisioneros de guerra y desaparecidos en acción de combate. Por otra parte, Corea del Sur y Estados Unidos decidieron suspender maniobras militares conjuntas para el mes de agosto con el objetivo de favorecer el diálogo con Corea del Norte. Por último, las dos Coreas anunciaron encuentros de reunión de familiares coreanos separados por la guerra para el mes de agosto.

CRISIS HUMANITARIA DE LA MINORÍA ROHINGYA

El 13 de abril se firmó en Ginebra un Memorándum de Entendimiento sobre el retorno de los refugiados rohingya a Myanmar entre la Agencia de la ONU para los Refugiados (ACNUR) y el gobierno de Bangladesh. El objetivo de este

Memorándum es establecer “retornos seguros, voluntarios y dignos para los refugiados, acorde a los estándares internacionales”, según un comunicado de ACNUR el mismo día de la firma. La ausencia del gobierno de Myanmar en este acuerdo puso en entredicho la eficacia de la firma. Pero el 6 de junio el gobierno de Myanmar se unió con su firma al Memorándum, lo que ha significado una luz de esperanza para el inicio de una solución fehaciente, comprometiéndose a proporcionar una vía de retorno a los refugiados rohingyas, aunque los observadores internacionales siguen insistiendo en que los rohingyas tengan un reconocimiento de ciudadanía en Myanmar para poder alcanzar un estatus civil legal en este país, porque actualmente siguen careciendo de este derecho de ciudadanía. Por otra parte, la Oficina de la ONU para Asuntos Humanitarios advirtió, en un informe del 17 de abril, tras una visita de seis días a Myanmar, en la que hubo reunión oficial con las autoridades del país, que la situación de los rohingyas que no huyeron a Bangladesh es muy delicada, solicitando al gobierno de Myanmar que pusiera todos los medios para “acabar con la violencia y alcanzar la paz y la reconciliación.” Además, en mayo, las organizaciones humanitarias comenzaron a desplegar un dispositivo para prevenir los estragos de los monzones del verano, con el establecimiento de servicios básicos para abastecer de agua e higiene a los campos de refugiados. Por último, Amnistía Internacional ha elaborado un informe en el que se implica al general Min Aung Hlaing, comandante en jefe de las fuerzas armadas de Myanmar, como principal instigador de la limpieza étnica contra la comunidad rohingya, solicitando una investigación y enjuiciamiento en la Corte Penal Internacional.

ATENTADOS TERRORISTAS YIHADISTAS EN INDONESIA

El 13 de mayo se sucedieron varios ataques terroristas contra iglesias cristianas en la ciudad de Surabaya, en Indonesia. Fue un triple atentado suicida, que causó trece muertos y más de cuarenta heridos. Lo más insólito de los atentados es que fueron perpetrados por miembros de una sola familia, incluidos los niños de la misma. Las autoridades de Indonesia involucraron en el atentado al grupo terrorista indonesio Jemaah Ansharut Daula (JAD), brazo armado del Estado Islámico en este país. Un día después, el 14 de mayo, otra familia cometió otro atentado terrorista en una comisaría de Surabaya, dejando una decena de heridos. De nuevo, en este atentado participaron menores de la familia, y también bajo la atribución del Estado Islámico. Estos dos atentados han alertado de la radicalización de muchas familias musulmanas en Indonesia, y prueba de ello fue que la primera familia acababa de regresar de Siria, donde se habían desplazado para combatir junto al Estado Islámico. El 16 de mayo se produjo otro ataque terrorista contra una comisaría en Riau, en la Isla de Sumatra, en el que un policía fue asesinado. El 22 de junio un tribunal de Yakarta condenó a muerte al clérigo radical Oman Rochman, uno de los fundadores del grupo yihadista Jemaah Ansharut Daula y considerado el principal cerebro de los atentados del Estado Islámico en Yakarta en enero de 2016.

ELECCIONES GENERALES EN MALASIA

En las recientes elecciones generales celebradas en Malasia, el 9 de mayo, el partido de la oposición Parakan Harapan (PH), liderado por Mahathir Mohamad, obtuvo la victoria con una mayoría simple, 113 escaños, frente a los 79 escaños del partido gobernante, la Organización Nacional de los Malayos Unidos (UMNO) y liderado por el primer ministro saliente Najib Razak, partido en la presidencia del país durante 61 años, desde que Malasia consiguió la independencia en 1957. El presidente electo Mahathir Mohamad, ya había sido líder de UMNO y llegó a ser primer ministro de Malasia entre los años 1981 y 2003. Por su avanzada edad, 92 años, hizo la promesa, tras ganar las elecciones, de abandonar el cargo después de dos años en favor del político Anwar Ibrahim, condenado por sodomía. Los casos de corrupción en los que estaba envuelto Najib Razak han sido determinantes para la derrota de la UMNO y acabar con su hegemonía política en Malasia tras más de seis décadas de gobierno. De hecho, dos días después de celebrarse las elecciones, el Departamento de Inmigración de Malasia dictó una orden de prohibición de salir del país al primer ministro saliente, Najib Razak, por temor a su huida y no hacer frente a una pronta investigación judicial por los delitos de corrupción que se le imputan. Una semana después, el rey de Malasia concedió el indulto a Awar Ibrahim y fue puesto en libertad, por lo que la hoja de ruta de ser el sucesor de Mahathir Mohamad ya está encarrilada.

REPRESIÓN LIBERTAD DE EXPRESIÓN EN ASIA-PACÍFICO

VIETNAM: El 3 de abril seis blogueros vietnamitas, miembros del Brotherhood for Democracy, fueron condenados, en la suma de todos ellos, a “un total de 66 años de prisión y 17 años bajo arresto domiciliario”, según recoge un informe de Reporteros Sin Fronteras, publicado el 4 de abril. Estos blogueros fundaron una web con el fin de publicar informes sobre las violaciones de los derechos humanos en Vietnam. Los blogueros condenados a prisión son Nguyen Van Dai, Truong Mih Duc, Nguyen Trungton, Le Thu Ta, Nguyen Bac Truyen y Pham Van Troi.

FILIPINAS: El 1 de mayo fue asesinado el periodista Edmun Sestoso por un sicario que llegó a huir del lugar del crimen. Se sospecha que su asesinato está relacionado con los asuntos políticos que trataba en el programa de radio que conducía. El 7 de junio también fue asesinado el periodista Dennis Denora, por dos sicarios que también lograron huir del lugar del crimen. Dennis Denora era un conocido columnista del diario Trends and Times.

BANGLADESH: El 11 de junio fue asesinado el periodista Shahjahan Bachchu en Daka por cinco sicarios que huyeron del crimen. Shanjahan Bachchu era editor del semanario Amader Bikrampur, defensor de la libertad de pensamiento y religión en Bangladesh. Por las amenazas sufridas en los últimos tiempos, se apunta a grupos fundamentalistas musulmanes como instigadores del crimen, según apunta Reporteros Sin Fronteras.

CHINA: El 22 de mayo el tibetano Tashi Wangchuk fue condenado a 5 años de prisión (ya lleva dos en la cárcel) por “incitación al separatismo”. Su abogado defiende que el único delito de Tashi Wangchuk es haber reclamado pacíficamente que los niños tibetanos puedan estudiar en su lengua materna en la escuela.

NUEVA CAMPAÑA EN FAVOR DE LA LIBERACIÓN DE LIU XIA

El 16 de mayo se inició una nueva campaña internacional para pedir la liberación de la poetisa Liu Xia, viuda del Premio Nobel de la Paz Liu Xiaobo, la segunda que se realiza desde la muerte de Liu Xiaobo el verano pasado. De nuevo, en esta nueva campaña han participado escritores mundialmente conocidos y de reconocido prestigio solicitando el fin del arresto domiciliario al que Liu Xia sigue sometida desde que a su marido le concedieran el Premio Nobel de la Paz en 2010 “sin cargo alguno”. Aunque las autoridades chinas afirman que Liu Xia es libre, la realidad es que sigue en arresto domiciliario, con apenas visitas del exterior, y en un estado de salud preocupante, según confiesan sus allegados.



RESEÑA DE LIBROS

SE LO LLEVARON: RECUERDOS DE UNA NIÑA DE CAMBOYA. Loung Ung. Madrid: Maeva, 2017. Traducción de Alejandro Pareja.

Por Mario Peña Álvarez, Universidad de Granada.

«Muchos monjes se dejaron el pelo largo y se escondieron en la selva para evitar el exterminio. Otros se mataron en suicidios colectivos. Estos monjes conservaban los templos y los cuidaban, pero ahora los templos han vuelto a quedar invadidos por la selva. Me pregunto dónde irán los dioses ahora que han destruido sus casas». Estas fueron las reflexiones de la pequeña camboyana Loung Ung, de siete años, al recordar una visita que hizo con su familia a los templos de Angkor Wat, el lugar donde su padre le dijo que habitaban los dioses. En el momento de este recuerdo, noviembre de 1975, Loung y su familia ya habían sido despojados de sus pertenencias y expulsados de su casa en la capital de Camboya, Nom Pen, tras el ascenso al poder del régimen totalitario de los Jemeres Rojos. Lo que Loung no sabía era que esa expulsión, disfrazada de evacuación ante un posible bombardeo por parte de los Estados Unidos, sería

el inicio de un periodo de cuatro años de esclavitud. En esta obra, la propia Loung Ung relata, desde la perspectiva de una niña de siete años, las crueles vivencias a las que ella, su familia y la mayor parte del pueblo camboyano fue sometido durante los cuatro años del régimen totalitario comunista de los Jemeres Rojos. Se trata de una emotiva narración autobiográfica en la que la autora comparte la historia de su supervivencia y la de algunos de sus hermanos, en una época en la que más de unos dos millones de camboyanos perecieron asesinados por los soldados de los Jemeres Rojos o a causa del hambre, la enfermedad, las persecuciones o el trabajo forzado al que se les sometió.

Bajo el mando del general Pol Pot, este régimen surgido de un golpe de Estado se prolongó desde abril de 1975 hasta enero de 1979, pero el surgimiento de los Jemeres Rojos como una facción comunista radical y secreta opuesta al gobierno se remonta a 1968. Se trataba de un grupo inspirado ideológicamente en el maoísmo más radical, que abogaba por la limpieza étnica (asesinar a todos los que no tuvieran sangre puramente camboyana) y crear un país fuertemente anticapitalista, anticlerical, anticolonialista y extremadamente nacionalista en el que el campesinado obtuviese una posición de privilegio social. Los Jemeres Rojos pretendían declarar la República Democrática de Kampuchea tras ganar la guerra al ejército camboyano, como ocurrió cuando tomaron la capital en abril de 1975. Anteriormente a estos hechos, Camboya había sido una colonia francesa hasta la proclamación de su independencia en 1953, cuando el príncipe Sihanouk ascendió al trono en el país. Se sucedió una época marcada por las dificultades económicas, la corrupción política y las desigualdades sociales en un país con una economía eminentemente agraria, por lo que el príncipe Sihanouk se exilió en China y el general Lon Nol tomó el control. Fue en este contexto político y social en el que los Jemeres Rojos, apoyados por China, emprendieron una lucha armada contra el gobierno de Lon Nol, que terminaron ganando. Bajo la promesa de devolver a Camboya su gloria pasada, volver a los orígenes del pueblo camboyano y destruir las clases sociales, los Jemeres Rojos anularon cualquier tipo de libertad individual, prohibieron y arrebataron la propiedad privada (con cuya posesión se harían ellos mismos). Prohibieron que existiese cualquier distinción entre personas (obligaban a que todo el mundo vistiese de la misma manera) e instruían a la gente en que debían delatar cualquier tipo de voz disidente, incluso «si eran sus propios padres».

El campesinado, que fue uno de los principales sectores poblacionales que dio apoyo a los Jemeres Rojos, era considerado por estos como la única gente «pura», que no había sido contaminada por las influencias extranjeras y las comodidades burguesas de la ciudad. Por esta razón, todas las personas de las ciudades fueron enviadas a trabajar el campo bajo la amenaza de los fusiles de los soldados, quienes no dudaban en apretar el gatillo ante la más mínima desobediencia. Médicos, profesores, intelectuales y funcionarios gubernamentales de todo tipo que hubieran trabajado para el gobierno vencido fueron brutalmente asesinados de forma sistemática, ya que se consideraban personas impuras, capitalistas y enemigas del nuevo orden político y social preparado para Camboya. En este segundo grupo se encontraba parte de la

familia de la autora del libro, cuyo padre fue asesinado por haber trabajado para Lon Nol. Naturalmente, todas las familias que habían disfrutado de cierta posición socioeconómica y cultural antes de la guerra fueron las más castigadas, lo que llevó a muchas personas a ocultar su pasado hasta que fueran descubiertos. El personal sanitario fue sustituido por personas sin formación, que «atendían» a los enfermos de los campos de trabajo en decrepitos edificios abandonados. Todas las escuelas fueron cerradas y los niños obligados a trabajar hasta el agotamiento o la muerte. Los soldados de los Jemeres Rojos torturaban o mataban a cualquier persona que robase algo de comida de los huertos comunitarios cultivados por ellos mismos, ya que consideraban que «si una persona muere de hambre, todos deben morir de hambre», de lo contrario habría desigualdad.

En conclusión, *Se lo llevaron* nos transporta a la cruenta realidad que a millones de camboyanos les tocó vivir en los años setenta, cuando el país vivió un genocidio sin precedentes en su historia. El sangriento régimen de los Jemeres Rojos no solo afectó a los más de dos millones de personas que se estima que perdieron la vida, sino a toda la población de Camboya: las cifras de enfermos y mutilados, de familias separadas y de niños huérfanos no dejaron de crecer durante los años en los que el país permaneció bajo el yugo de Pol Pot. Pero la obra también es una historia de supervivencia, de cómo una niña que ha perdido a sus padres y a algunos de sus hermanos decide aferrarse a la vida y continuar luchando hasta poder salvarse, a ella y a los hermanos que le quedan vivos, hasta llegar a un nuevo hogar como refugiada en Estados Unidos.

